

El viejo esquelético que pescaba con la barba

J. A. Gutiérrez



Image not found.

Capítulo 1

Érase una vez, en una tierra muy lejana, próxima al Polo Norte, un viejo esquelético que vivía en lo profundo del bosque. Tenía más de mil años, y una barba muy, muy larga, y muy, muy delgada.

Cuando tenía hambre, el viejo iba a la orilla del lago, y echaba la barba al agua, y ahí se quedaba sentado días y días, esperando a que algún pez quedara enredado en ella. Una vez atrapaba suficientes, se levantaba y se iba caminando por entre los árboles en completo silencio, arrastrando la barba y los pescados tras de sí.

Todo el mundo le tenía miedo al viejo esquelético, porque decían que cuando no lograba pescar nada, se ponía de mal humor y se comía a cualquier persona que anduviese extraviada por el bosque.

Nadie tenía idea de dónde vivía, pero todos sabían cosas sobre él; iba vestido con escasos harapos, y sin embargo no parecía afectarle el frío. Era más flaco que una momia, y sus uñas eran largas y muy sucias, como garras.

Las mujeres en las aldeas les decían a los niños que no fueran al bosque, porque si lo hacían, el viejo se los comería. Los peces en el río también evitaban la orilla donde el viejo se sentaba a pescar, pero siempre había algún despistado que caía en su peculiar red.

Un día, el viejo esquelético no pescó nada; todos los peces parecían haber huído por alguna razón. Pasaron días, pasaron semanas, y el viejo maldijo mucho, pero de nada le sirvió.

Tan enojado se puso que comenzó a chasquear los dientes (que los tenía todos podridos, pero muy afilados) y a echar chispas por los ojos, quejándose de su mala fortuna.

“¡Me volveré a mi casa y al que encuentre en el camino me lo comeré!” y así diciendo se levantó y se alejó por entre los árboles, arrastrando la barba larga y empapada detrás.

Sucedió que por el mismo bosque caminaba un joven vagabundo llamado Iván, quien sólo llevaba un pequeño saco al hombro donde cabían todas sus pertenencias. No tenía familia, hogar ni fortuna, y tampoco era demasiado listo, pero no por ello dejaba de ser optimista, y silbaba mientras andaba, soñando con encontrar un buen lugar para vivir.

Lo que no esperaba era encontrarse de frente al viejo esquelético al entrar en un claro,. Su aspecto era tan horrible que Iván dio un salto y casi se le

cayó su saco, y la sangre se le puso tan fría como la nieve a su alrededor.

“¿Quién eres tú?” preguntó el viejo esquelético.

“Soy Iván” dijo el vagabundo temblando de miedo “¿Y tú, quien eres?”

“Soy el viejo esquelético que pesca con la barba, y te voy a comer!” dijo el viejo, y acto seguido, usó su barba como un lazo para atrapar a Iván por los tobillos, derribándolo sin esfuerzo alguno.

Luego comenzó a arrastrarlo a través del bosque.

“¿A dónde me lleva, señor viejo esquelético que pesca con la barba?” preguntaba Ivan aterrorizado mientras el Viejo seguía andando incansablemente.

“A mi casa, donde tengo mi caldero; ahí te cocinaré y te comeré” contestó el viejo.

Pronto llegaron a una choza maltrecha y medio derruida, con el techo lleno de agujeros. Era la morada del viejo esquelético.

El viejo entró junto con su presa, y cerró la puerta con llave. Luego, sentó a Iván en una silla y le dijo:

“Ahora tomaré una siesta, y cuando despierte te comeré”.

Iván se puso muy contento porque pensó que podría escapar fácilmente cuando el viejo esquelético se durmiera, así que se sentó y no dijo nada.

El viejo esquelético se durmió, y cuando comenzó a roncar, su barba se aflojó y soltó los tobillos de Iván.

Éste se levantó sin hacer ruido, dispuesto a escapar, pero entonces una voz le dijo:

“¡Quédate donde estás!”

Iván miró hacia arriba y vio una lechuza blanca que había entrado por uno de los agujeros en el techo.

“¡Quédate donde estás!” repitió la lechuza “Si intentas escapar, el viejo lo sabrá y te perseguirá hasta el fin del mundo, pues no hay rastro que se le escape.”

“Si salgo sin hacer ningún ruido, no se dará cuenta” dijo Iván que se creía

muy sigiloso.

“¡Mira atrás de tí!” replicó la lechuza.

Iván miró y vio un reloj muy feo colgado en la pared; era grande y amarillento, e Iván se estremeció al ver que estaba compuesto de huesos humanos; las manecillas estaban hechos de falanges, y en la parte de arriba tenía un cráneo que sonreía de forma siniestra.

“Es un reloj de magia negra” explicó la lechuza “El viejo se lo ganó a la bruja del bosque en un juego de cartas hace quinientos años, y le ha dado cuerda para que le avise si sus víctimas intentan escapar.”

Al oír esto, Iván se puso muy triste y comenzó a llorar desconsoladamente.

“¡Qué mala suerte la mía, que no tengo familia, hogar ni fortuna, y ahora encima me van a comer!”

Y lloró y lloró a moco tendido, pero el viejo no se despertó.

La lechuza, por su parte, sintió pena por Iván.

“Mira, te diré un secreto” le dijo “Pero deja de llorar, que tus berridos me lastiman los oídos.”

Iván obedeció, y tras limpiarse la nariz con la barba del viejo esquelético, preguntó:

“¿Qué secreto?”

“El viejo esquelético a veces ha dejado ir a sus víctimas” dijo la lechuza “Yo no sé cuantas veces porque no tengo mucho viviendo aquí; pero incluso en éste tiempo lo he visto soltar a dos personas”

“Pero, ¿por qué los dejó ir?” preguntó Iván, desconcertado.

“Pues, porque mientras el viejo dormía, le limpiaron la casa o le hicieron algún otro favor, y los dejó ir en agradecimiento” dijo la lechuza.

Al oír esto, el rostro de Iván se iluminó.

“¡Eso es! Limpiaré la casa y el viejo me dejará ir”

Pero la lechuza meneó la cabeza.

“Eso no funcionará, porque la casa está limpia ahora mismo, y no lo notará. Creerá que le estás mintiendo y te castigará cocinándote a fuego

lento.”

“Pero, ¿entonces qué puedo hacer?” preguntó Iván.

“¡Yo qué sé! Soy sólo una lechuza” dijo el ave, y como tenía ganas de comer algunos ratones, salió volando por un agujero en el techo y desapareció.

Iván se rascó la cabeza.

“Debe haber otro favor que pueda hacerle...”

Y se quedó pensando, sentado en la silla.

Entonces, de pronto, se le ocurrió.

“¡Ya lo tengo!” dijo levantándose de un salto “¡Esa barba tan larga debe molestarle mucho! Con la navaja y el jabón que traigo en mi saco le daré una buena afeitada!”

Y silbando alegremente comenzó a afeitar al viejo, cosa que le tomó toda la noche porque la barba, como ya dijimos, era muy, muy larga y muy, muy delgada.

Al fin Iván terminó su tarea, y muy satisfecho se sentó en la silla, a esperar a que el viejo esquelético despertara de su siesta.

Al rato volvió la lechuza, que había comido muchos ratones y ahora que comenzaba a salir el sol, quería descansar un poco.

¡Cual no sería su sorpresa al ver al viejo esquelético completamente afeitado!

“¡Tonto! ¡Estúpido! ¿Por qué has hecho eso?” exclamó agitando las alas “¡Cuando despierte estará furioso! ¡Ay de ti! ¿Es que no sabes que el viejo esquelético amaba su barba más que ninguna otra cosa en éste mundo?”

Al oírla Iván se quedó de piedra. Arrojándose al suelo de rodillas le dijo:

“¡No grites, amiga lechuza! ¡No lo despiertes! ¡Dime qué puedo hacer para reparar mi error! Nunca imaginé que amara esa barba tan estorbosa y enredada!”

La lechuza se puso a pensar (algo que a las lechuzas se les da muy bien).

Al poco tiempo, dijo:

“Debes actuar rápido, pues se acerca la hora en que el viejo despierta y se va a pescar. ¡Dime que has guardado la barba del viejo!”

“¡Ay, la eché toda al fuego después de afeitarla!” dijo Iván señalando la chimenea.

“¡Bruto! ¡Animal!” gritó la lechuza. Le tomó unos momentos calmarse y entonces dijo:

“Bueno, entonces busca por toda la casa algo que se le parezca a la barba, aunque sea ligeramente. Una sábana rasgada, una cuerda o una bufanda, y átasela al rostro tan bien como puedas.”

“Pero, ¿no se dará cuenta?” preguntó Iván muerto de miedo.

“Puede que sí, pero también puede que no” dijo la lechuza “Tiene muy mala vista y quizá no note la diferencia. ¡Pero date prisa!”

Iván corrió entonces a buscar algo largo que pudiera atarle al viejo a modo de barba.

“¡Ay, ay! No he encontrado nada” dijo al fin

“¿Buscaste en la alacena?” preguntó la lechuza.

“No” dijo Iván, temblando, porque no quería saber que horribles cosas habría en la despensa de aquel espantajo.

“¡Pues hazlo rápido antes de que despierte!” le urgió la lechuza.

Iván fue a buscar entonces en la alacena; para su alegría no había restos humanos ni cosas horribles y putrefactas, sino quesos y jamones, y tarros de mermelada, pan y cebollas frescas.

“¡No puedo creerlo!” dijo Iván con los ojos desorbitados “Con toda esta comida, ¿Por qué sigue estando esquelético? ¿Y por qué sigue yendo al lago a pescar?”

“El viejo no come quesos ni jamones, ni mermelada, pan ni cebollas frescas” explicó la lechuza “Usa toda esa comida para atraer a niños y leñadores extraviados cuando no ha pescado nada, porque lo que más le gusta es el pescado crudo, pero cuando no lo hay, no hace ascos a los humanos cocinados.”

“¡Pero ya basta!” dijo la lechuza “¿Hay algo ahí dentro que nos pueda servir?”

“Solo esta ristra de salchichas” dijo Iván.

“¡Excelente! Ahora date prisa.”

Entonces Iván fue y le ató las salchichas al viejo esquelético en el rostro. Era una ristra muy larga así que varios metros de salchichas colgaban en el suelo igual que su vieja barba.

En ese momento, el reloj de huesos lanzó un horrible alarido, y el viejo se despertó.

Se levantó muy lentamente, y todos sus huesos crujieron al enderezarse y extender los dedos largos como garras.

“Es hora de ir a pescar” dijo con un gruñido.

“¿No me va a comer?” preguntó Iván, esperanzado, aunque temblando de miedo porque esperaba que en cualquier momento el viejo se percatara de que su barba se había convertido en salchichas.

“Claro que sí, pero prefiero la carne cruda de pescado a la carne cocinada de vagabundo” dijo el viejo “Si no pesco nada hoy, volveré aquí y te comeré”

Iván se puso muy enojado, porque pensó que el viejo esquelético lo tomaba por tonto.

“¿Y cree que esperaré aquí hasta que usted regrese a comerme?”

“Tendrás que hacerlo, porque si intentas escapar, la casa se te caerá encima” dijo el viejo esquelético riéndose, y se fue arrastrando las salchichas detrás de él.

Iván se volvió entonces hacia la lechuza.

“¿Es verdad eso que dice?” preguntó.

“No lo sé” dijo la lechuza, pensativa “Pero es posible, porque el viejo, como ya te he dicho, es de magia negra, y su casa tiene un centenar de hechizos...”

“¿Y ahora que voy a hacer?” dijo Iván y se echó a llorar otra vez.

La lechuza no dijo nada, sino que se salió por el agujero en el techo, y volando por el bosque llegó hasta la orilla del lago.

Ahí estaba el viejo sentado.

“¡Que atrape muchos pescados, porque no me gusta la carne de vagabundo! Pero si no atrapo ningún pez, igual me lo comeré”

Y así diciendo echó al agua la ristra de salchichas pensando que era su barba.

El olor de las salchichas no tardó en llegar a los peces del lago, pero no se atrevían a salir de entre los prados de algas.

“¡Huelan eso! ¿Qué será?” decía la trucha, que siempre tiene hambre.

“No lo sé, pero huele delicioso” dijo la lucioperca, que no se le queda atrás.

Pero el salvelino, que era el pez más sensato, dijo:

“¡No salgan, no se dejen engañar! De seguro es una treta del viejo esquelético para capturarnos.”

Y así es que los peces no salieron, aunque el olor de las salchichas hacía que les gruñeran las tripas, y la boca se les habría hecho agua, de no haber estado ya sumergidos en ella.

Después de varias horas el viejo esquelético estaba poniéndose ya de muy mal humor.

“Esperaré hasta el anochecer y si no pesco nada, ¡ay de aquel vagabundo!”

Pero no tuvo que esperar mucho, porque había un pez en el lago que no era como los demás.

Aquel pez era más grande que una canoa, y tenía una boca gigantesca llena de hilera tras hilera de dientes afilados. Su piel era como cuero áspero, y su apetito voraz. Casi todo el tiempo lo pasaba durmiendo en el fondo del lago, pero cuando despertaba era siempre con hambre, y se comía todo lo que encontraba a su paso.

“¿Qué es eso que huele tan bien?” se preguntó cuando olió las salchichas en el agua “¡Pensándolo bien, poco importa lo que sea! Huele bien, así que de seguro sabe mejor. ¡Hora pues del almuerzo!”

Y así diciendo el enorme pez se elevó desde el fondo, impulsándose con sus grandes aletas y levantando una gran nube de limo. Siguió su nariz a donde las salchichas y al encontrarlas flotando en el agua dio un gran

bocado, haciendo desaparecer la mitad de la ristra en su gola cavernosa.

"¡Pero qué obra de arte! ¡Es lo mejor que he comido en años!"

Y diciendo así, abrió la boca aún más grande; tanto, que su hocico y sus dientes superiores rompieron la superficie del lago, y el viejo apenas tuvo tiempo de proferir una maldición antes de que el pez se tragara las salchichas que quedaban, y al viejo esquelético con ellas.

La lechuza, que había visto todo, volvió entonces a la casa en medio del bosque, y anunció:

"¡Ya no debes temer! El viejo no te comerá, y la casa no se te caerá encima, porque al viejo se lo ha tragado el gran pez y todas sus malas artes son cosa del pasado!"

Al oír esto, Iván se puso muy contento, y no solo porque no se lo iban a comer, sino también porque ahora la casa del viejo estaba abandonada, y podía quedarse ahí a vivir. Después de todo, la despensa estaba tan llena de manjares que seguramente le durarían largo tiempo.

A la lechuza no le molestó, porque le hacía falta compañía, y ahí vivieron varios años tranquilamente.

Pero la historia no acaba ahí. Había una cosa que a Iván no le gustaba de la casa, y era el horrible reloj de huesos humanos colgado en la pared. Como el viejo esquelético ya se había muerto, el reloj había perdido su poder, pero a Iván le daba miedo mirarlo por la noche, así que un día decidió ir a tirarlo al lago.

Fue entonces al mismo lugar en la orilla, desde donde el viejo solía pescar, y arrojó el reloj tan lejos como pudo. Y ya estaba a punto de irse, cuando vio al salvelino que sacaba la cabeza fuera del agua.

"¿Quién eres tú y que es eso que arrojaste en nuestro lago?" preguntó el pez.

"Soy Iván" dijo este no muy sorprendido de oír hablar a un salvelino (después de todo ya conocía a una lechuza que hablaba) "Vine a tirar el reloj del viejo esquelético, pues me da escalofríos cada vez que lo miro."

"¡Entonces debes ser tú el que le puso las salchichas al viejo esquelético a modo de barba!" dijo el salvelino "Ya era hora de que vinieras al lago, pues todos los peces te hemos estado esperando. Como las salchichas olían tan sabrosas, el pez más grande del lago se tragó al viejo esquelético y ahora ya no debemos temerle a su barba; y por ello te

queremos agradecer”

“¿Agradecerme? Pero, ¿cómo?” preguntó Iván, que no se imaginaba que un pez pudiera hacer mucho por él.

“Arrójame tu saco y lo averiguarás” dijo el salvelino.

Iván le tiró entonces el saco que siempre llevaba consigo. El pez lo tomó y se sumergió, y al poco tiempo regresó acompañado por otros peces; entre todos llevaron el saco a la orilla donde Ivan lo recogió.

“Llévatelo, pero no le digas a nadie de donde ha salido, o no volveríamos a tener un momento de tranquilidad” dijo el salvelino.

Iván lo prometió, y se llevó el saco a su casa. ¡Qué sorpresa se llevó al encontrarlo repleto de brillantes perlas!

Así fue que Iván se volvió rico y pudo mudarse al pueblo, a una casa donde no hubiera agujeros en el techo ni viejos esqueléticos. A la lechuza no le molestó, porque ahora tenía la casa para ella sola y podía pensar en comenzar una familia.

En cuanto al reloj, dicen que al caer al agua helada despertó de su letargo, y sus poderes malignos se activaron nuevamente. Al poco tiempo se lo tragó el gran pez, en cuyo vientre todavía estaba el viejo esquelético, pues el monstruo comía mucho, pero digería muy lentamente.

A veces, se cuenta, el viejo intenta escapar mientras el pez duerme, pero sus intentos siempre son frustrados por su propio reloj, que le delata con fuertes alaridos, haciendo que el pez cierre la reja de sus fauces, sin inmutarse por los improperios del viejo esquelético que hace mucho tiempo pescaba con la barba.